

amigos, habían pensado en todo, tomando todas las medidas útiles que aconsejaban las circunstancias.

Recibieron calurosas muestras de agradecimiento de Didier y de Marcela, y entraron en su casa á descansar algunas horas de las fatigas del día y de la noche precedente. Prometieron volver después para no dejarles entregados á sus recuerdos.

Cuando quedaron solos los dos jóvenes, condenados á la inacción, hablaron largo tiempo de la niña que habían perdido. ¿Dónde estaría? ¿Qué sería de ella? ¿La volverían á ver? Trataban uno á otro de darse esperanzas. Pero sus miradas, su voz no estaban de acuerdo con sus palabras. Los labios de Didier pronunciaban frases de confianza, y su corazón, en el que desde hacía tiempo Marcela se había acostumbrado á leer, decía: «Estoy desesperado. No la volveremos á ver jamás.»

A las siete de la tarde llamaron con viveza á la puerta.

Corrieron á abrir y se encontraron con un empleado de la Prefectura de policía.

## XXIII

Iba con el objeto de decir á Marcela, que el prefecto la esperaba, á las ocho en punto, en su despacho.

Al momento Marcela y Didier preguntaron si había alguna noticia de su hija. El empleado no sabía nada acerca del asunto. Encargado sencillamente de dar de palabra aquel recado, no sabía más.

Una hora faltaba aún para tener aquella audiencia. Pero salieron inmediatamente de su casa y emprendieron á pie el camino para que, de este modo, no se les hiciese tan largo el tiempo.

¿Tendría el prefecto noticias que darles?

¿Acaso, conmovido por su desgracia, y teniendo en cuenta las recomendaciones influentes que le habrían hecho en todo el día, querría dar seguridades á la viuda de Baud de su celo, y decirle que tuviese calma?

Al llegar á la plaza del Palacio acudió á su mente un escrúpulo. ¿Debía Didier presentarse



con Marcela delante del prefecto? ¿No era una falta de pudor, en su situación ilegal, comportarse como si estuviesen casados? La desaparición de Luisa hería á Didier con tanta fuerza como á Marcela; moralmente estaba interesado como ella en encontrar á la niña; pero á los ojos de la sociedad, á los ojos de la ley, el señor de Prades no existía. No se conocía más que á la madre, el padre no tenía título ninguno para dirigir una queja ni para pedir justicia.

Uno y otro comprendían aquella situación, y sin necesidad de explicársela decidieron que Marcela fuese sola á la audiencia. Didier la esperaría en la calle, y para no herir la reputación de la mujer que amaba, trataría de calmar su legítima impaciencia y esperar con sangre fría el resultado de la entrevista.

A las ocho menos diez se separaron, después de haber cambiado un apretón de manos y una postrer mirada. Marcela atravesó el dintel de la puerta, subió la escalera particular, que está á la derecha, é introducida por un portero, sabedor de aquella audiencia, entró en el gabinete del prefecto.

Conmovida, temblorosa, tratando de adivinar lo que iban á decirle, esperó unos instantes.

Por fin se levantó un portier, un y hombre de maneras distinguidas se dirigió á ella, la saludó y la hizo sentar.

No había hablado aún y ya comprendió Marcela por la gravedad de su aspecto y la tristeza de su mirada, que no la había de dar ninguna buena noticia.

—Señora—la dijo,—debo preveniros ante todo, para que no concibáis esperanzas, que serían bien pronto fallidas, que vuestra hija no ha sido encontrada aún. Si os he rogado que hicieseis el favor de venir aquí, ha sido con objeto de que me proporcionéis los más minuciosos detalles, y lo importante de hacérmelo saber no se escapará á vuestra inteligencia que es para prometeros mi concurso más activo. Yo también tengo hijos, con esto basta para que comprendáis cuánto me afligirá vuestra desgracia.

Marcela quiso pronunciar algunas palabras de agradecimiento pero el prefecto no la permitió acabar la frase comenzada, y continuó así:

—Habéis podido ayer acusarnos de negligencia, de olvido. No merecemos esos reproches. La desaparición de un niño origina en el primer momento graves dificultades. ¿Se ha extraviado, se ha perdido, ó ha sido robado? En el primer caso es asunto de la incumben-



cia de la policía; los comisarios de barrio son los que ordenan las pesquisas que deben hacerse, después de remitirnos los partes de las ocurrencias habidas en ellos. En el segundo caso debe darse cuenta al juzgado de guardia. Ocorre, pues, entre la policía y el poder judicial una especie de conflicto que explica ciertas tardanzas. Ahora ya no existe; estamos seguros acerca de ese particular.

Marcela hizo un gesto. El prefecto la tomó paternalmente una mano, y añadió:

—Perdonadme, señora, el dolor que pueda causaros, y permitidme que os hable con franqueza.

—Sí señor—dijo Marcela con resignación;—no temáis nada por mí: no penséis más que en mi hija.

—Señora—replicó el prefecto—me lo temo mucho, y eso es de lo que os quería hablar; os ha sido robada.

—¡Lo sé, señor, lo sé!—exclamó.—Lo pensé así en el primer momento; se lo he dicho á los que estaban junto á mí, se lo he repetido á vuestros agentes. Si mi Luisa se hubiese perdido entre la muchedumbre, me hubiese sido devuelta... Después de haber llorado al verse separada de mí, se habría ido calmando poco á poco. Su infantil inteligencia, desarrollada

ya, habría hecho un esfuerzo. Se habría acordado de las señas de casa, que tantas veces se las he dicho al oído, y la había acostumbrado á repetir las.

—Soy de vuestro parecer, señora. Añadiría que el deber de toda persona que se encuentra un niño, y nadie deja de cumplir ese deber, es dirigirse al primer comisario de policía que encuentre. Pero hay otra prueba más completa que me confirma en este pensamiento.

—¿Qué prueba es?—preguntó con viveza.

—Entre las personas que, interesándose en vuestro infortunio han empezado inmediatamente á hacer pesquisas en los Campos Elíseos, hay dos cuyo testimonio es precioso. La primera, ya lo sabéis, vió coger á la niña de la silla donde la habíais colocado, por una mujer, de quien da las señas; la otra ha vuelto á ver á esa mujer diez minutos después, y la ha seguido hasta el instante en que subió á un coche con la niña. Hemos encontrado al cochero que dirigía aquel coche. Ha declarado que la persona en cuestión la había tomado en la vía pública, en la calle de Saint-Honoré, á las cuatro de la tarde próximamente, y la había llevado á la esquina de la plaza de la Concordia y de la avenida Gabriel. Que se había apeado entonces, había dado cinco fran-



cos al cochero para predisponerle en favor suyo, y le había dicho que no tardaría en volver con su hija, que se había quedado esperando en los Campos Elíseos.

Marcela quiso interrumpir al prefecto; pero éste adivinó su pensamiento, y replicó al momento:

—¿Cómo sabía esa mujer que estabais en los Campos Elíseos? Es eso, señora, lo que os disponfais á preguntarme, y es fácil contestaros. Después de haber trazado su plan, os ha estado acechando en la calle de Amsterdam, os ha visto salir, y os ha ido siguiendo hasta el momento en que os habéis sentado en la esquina de la avenida de Marigny. Ella lo ha observado todo, y lo ha combinado todo. Ha calculado que en un momento dado, cualquier accidente casual os separaría de vuestra niña, y que entonces podría ponerle en ejecución. Entonces, segura de que estaríais en el mismo sitio, se ha puesto en busca del coche que habría de servir para proteger su fuga si conseguía ejecutar su infame proyecto.

—Sí, lo comprendo—dijo Marcela.—Pero, ¿dónde llevó el cochero á esa mujer?—añadió con viveza.

—Ha hecho que la llevasen hasta la Torre de Saint-Jaques, y entonces ha debido, ó tomar

otro carruaje ó continuar á pie su camino. No hemos podido, hasta ahora, encontrar sus huellas.

—Y mi niña, ¿lloraba, gritaba, cuando la llevaban de ese modo? ¿Qué ha dicho el cochero sobre ese particular?

—Sí, lloraba, oíasele gritar: «¡Mamá, mamá, quiero ir con mamá!» El cochero no se ha enterado de que la llevaban á la fuerza ó no ha creído prudente intervenir en el asunto; además le habían pagado con esplendidez.

—¡Dios mío, Dios mío!—exclamó Marcela.

Y la desgraciada madre no pudo contener sus sollozos.

Al cabo de un instante, el prefecto, que por respeto á aquel inmenso dolor se había retirado un poco, volvió junto á la viuda de Baud y la dijo:

—Tened valor, yo os lo ruego, y podréis ayudarnos en las pesquisas que estamos haciendo.

—Sí, sí—dijo volviéndose para enjugar sus lágrimas.

—Procedamos con orden, y antes de ocuparnos del culpable, busquemos ante todo el móvil del crimen. ¿Qué interés puede haber en los actuales tiempos en robar un niño? Notad, señora, que ese crimen se hace más raro de día en día: y no hay tantos acusados



de ese hecho como antes. Hace cien años, cincuenta, treinta, se robaba un niño para explotarle y hacer de él un mendigo, un saltimbanquis... No tembléis, señora, no os pongáis pálida, no se trata de vuestra hija; esa clase de crímenes, os lo repito de nuevo, no se cometen ya: nuestros agentes son hoy muy numerosos, los vagabundos de todas especies son vigilados con gran cuidado. Sí, en una de esas tribus nómadas que recorren las aldeas y los campos se encuentran algunos niños, los alcaldes y los gendarmes tienen la misión de interrogarles y saber si van con sus padres y sus madres. Esos individuos, vigilados de cerca, no se atreven á exponerse á sufrir penas severísimas para obtener beneficios pecuniarios muy inseguros. Su familia además es en general numerosa y tienen más interés en hacerla disminuir que en aumentarla. Y en fin, que aún es una de nuestras miserias el que trabajen niños y niñas, y hay padres sin entrañas que se prestan á cederles ó alquilarles los suyos. ¿Por qué se van á exponer á sufrir el rigor de nuestras leyes? Os doy estos detalles, señora, para fijar un punto; vuestra hija no os ha sido robada por un malhechor vulgar que se dedica á robar niños. Esa terrible profesión no existe ya en esta época.

—Entonces, ¿quién ha sido?—preguntó con ansiedad.

—Sois víctima de alguna venganza. Trátemos de buscar entre los dos á quién habéis podido ofender y sois blanco de su ira.

## XXIV

Marcela guardó silencio. Para responder á la pregunta del prefecto de policía y de acudir en su ayuda, hizo un supremo llamamiento á su memoria. Pero entre todas las personas cuyo recuerdo evocaba, ó que hacía memoria de haber conocido, ninguna podía ser enemiga suya. No había hecho por todas partes más que bien.

—Busco, pero no encuentro á nadie—dijo por fin.

—Entonces, señora—replicó el prefecto,—tendréis la bondad de iniciarme, sin reticencias, sin ambigüedades, con completa franqueza, los hechos más salientes de vuestra existencia. Ciertos detalles que á vos se os habrán escapado, los recogeré yo, y podré ayudaros en



vuestro examen. Conozco lo trabajoso que os será ese examen de conciencia ante un extraño; pero no veáis en mí al magistrado deseoso de ilustrarse, sino al padre de familia que comparte con vos vuestro infortunio con toda su alma.

Marcela hizo la confesión que se la pedía. En pocas palabras refirió los diversos incidentes de su juventud; la muerte de su padre y de su madre, que no la dejaron bienes de fortuna. Su tío, el señor de Couëdic, la acogió, la trató como si fuese su hija, y la nombró heredera universal suya. Entonces, bajando la voz y poniéndose encarnada de vergüenza, contó sus amores con Didier. Pasaron unos cuantos años felices. Después sucedió la ruptura entre el barón de Prades y el marqués. El señor de Baud, protegido por el señor de Couëdic, se presentó y la hicieron casar con él. Marcela fijó su residencia en París con su marido, y se consagró á él por completo.

Aquí se detuvo: llegaba á la más delicada situación de su vida. ¿Atreveríase á seguir? Pensó en su hija, rechazó sus más íntimas delicadezas, y no temió hablar, con el corazón en la mano, de todos los sucesos, cuya gravedad comprendió podría servir para ilustrar á la justicia.

El prefecto la prestaba entonces una atención más sostenida. Cuando Marcela por primera vez nombró á Didier de Prades, se levantó bruscamente, como si aquel nombre trajese algún recuerdo á su memoria. Al escucharla, sin perder una palabra de lo que decía, parecía que reflexionaba.

Marcela le refirió de qué modo encontró de nuevo á Didier una noche en la Ópera Cómica; le habló de los triunfos del nuevo tenor, á los cuales su corazón se asociaba. Otra noche tuvo el inmenso dolor de oír silbar al artista que admiraba, á quien en secreto amaba... Interrumpió su relación para protestar contra la injusticia del público, y para criticar aquella intriga que destrozó la carrera de un hombre de talento.

—Conozco, señora—dijo el prefecto,—esos diversos incidentes. Me he interesado otras veces por vuestro protegido. Yo mismo había tenido ocasión de oírle y aplaudirle, y me ha causado gran extrañeza saber que aquellos aplausos habían sido seguidos de chicheos y protestas. Como abonado de la Ópera Cómica y simple espectador, me ha indignado; como prefecto de policía, me ha sido preciso tomar algunas medidas para que cesase aquel escándalo, que turbaba todas las noches el más



agradable de nuestros teatros. Los agentes apostados en ciertos sitios de la sala han detenido á muchos perturbadores, á quienes he interrogado yo con cuidado.

—Estarían pagados, ¿no es cierto?—exclamó Marcela.

—Algunos sí; pero la mayor parte de ellos eran víctimas de la afición de la muchedumbre al ruido y al desorden. Ver una buena obra, escuchar á un artista de mérito, es cosa ordinaria en París; mediante una suma pequeña, relativamente, se puede gozar de ese placer, y muchos no gozan de él por no estar á su alcance. Pero si, por el contrario, corre el rumor de que las representaciones de un teatro se ven turbadas por cualquier intriga, que los de las butacas y la gente de las galerías vienen á las manos, al momento París entero forma cola en los despachos de los billetes para poder participar del tumulto. Todo aquel público acude, no por ver el espectáculo que se va á representar en el escenario, sino por el que habrá en la sala. Los músicos pueden excusarse de ocupar sus puestos, el telón no se alzar, siempre que puedan tener el placer los asistentes de insultarse unos á otros desde los palcos á las butacas, cantar la *Marsellesa*, imitar á ciertos animales y arrojarse las banque-

tas á la cabeza. Si por cualquier casualidad la representación no se viese turbada por ninguno de aquellos sucesos, el público se consideraría engañado, y procuraría él mismo el escándalo. Nada hay tan fácil en una población grande como hacer fracasar el éxito de una obra ó inutilizar á un artista; basta una docena de hombres resueltos, colocados en diversos puntos del teatro. La primer noche se grita contra sus interrupciones, al día siguiente entretienen con ellas y el público se ríe; al tercer día se silba ya, por esa necesidad que sienten todos de hacer un papel activo en el burdel; hasta se silba á los que silban. Esos ruidos se confunden; bien pronto no se sabe dónde se ocultan los primeros perturbadores, en qué lado están los que protestan, y dónde los que sostienen la causa del orden. Nuestros agentes también tienen manos desgraciadas: detienen á los más intencionados, á los reaccionarios más acérrimos, por más que fuesen demasiado ruidosas sus manifestaciones.

—Es preciso volver á dejar en libertad á esos individuos á quienes les reclaman sus puestos en las oficinas del Estado. Furiosos contra nosotros van á sus respectivos clubs, y llevan al día siguiente á todos sus compañeros al teatro de sus desgracias. Ahora ya es á la



policía á quien se va á silbar. La política está en juego; el Ministerio se conmueve, el Consejo de Ministros discute el asunto, la obra se suspende y el teatro se cierra por motivos de orden público. Así ocurrió con *Gaëtana*, drama de Edmundo Abond, y con *Henriette Marchal*, comedia de los hermanos Goncourt, que hace años fueron prohibidas.

—Y cuando ocurrieron esos desórdenes en la Opera Cómica—observó Marcela—decíais que detuvisteis muchos alborotadores á quienes se pagaba. Debíais haber buscado á los que los compraban.

—No han sido descubiertos, y no lo he atribuído ni á su corta inteligencia ni á su poco celo. Es un error creer que la policía puede saberlo todo: hay muchos hechos que se la escapan y deben escapársela, porque se la llama tarde. Si el mismo día en que en un teatro se empiezan á oír ruidos injustos y sin motivo siguiésemos á los perturbadores al salir del teatro, veríamos reunirse á los que manejan la intriga y debían entregarles el prometido salario. Los jefes de ella y sus cómplices serían detenidos al mismo tiempo. Pero cuando intervenimos, los que por primera vez silbaron, los que encendieron el fuego, han desaparecido ya. Toda la sala, por las razones

antedichas, atiza la llama y secunda inocentemente los planes de los incendiarios, y detener á todos los espectadores es imposible.

—Entonces—replicó Marcela,—sabiendo que el señor de Prades ha sido víctima de alguna de esas intrigas, ¿no ha sido posible descubrir á los causantes de ella?

—Por los medios ordinarios no, señora. Los partes dados por mis agentes no me han hecho saber nada, lo confieso humildemente; la casualidad me ha servido mucho más que todos sus trabajos. Os pido permiso para consultar delante de vos algunas notas, y si están conformes con los recuerdos que lo que me habéis referido han hecho despertar en mí, podré, dentro de poco, indicaros quiénes son los que persiguen al señor de Prades.

El prefecto de policía, á una señal de Marcela, se dirigió á su mesa de despacho. Después de rebuscar algún tiempo entre muchos legajos, cogió un cuaderno voluminoso, que parecían cuartillas de una novela ó de alguna obra dramática, y le recorrió rápidamente con la vista.

—¡Aquí está; no me había engañado!—dijo al cabo de un instante.

Entonces vino á reunirse con Marcela, y la dijo:



—He interrumpido inoportunamente, señora, la relación que habíais empezado. Tened la bondad de hacerla de nuevo, á partir del día en que habéis vuelto á ver al señor de Prades: ahora debo exigir de vos una confesión completa.

Tuvo el valor de obedecer; por momentos su voz se hacía más débil, se ponía colorada, y se llevó las manos á la cara. Esa emoción fué pasajera; la mujer desapareció para no quedar más que la madre, que levantaba su cabeza.

Después de decirlo todo, el prefecto la manifestó el deseo, para estar al corriente de todo, de hablar con Didier de Prades.

Marcela indicó el sitio donde la esperaba, y un ordenanza recibió orden de ir á buscarle al momento.

## XXV

El primer pensamiento de Didier al juntarse con Marcela fué interrogarla con la vista. Diose cuenta ella de la inquietud que debería experimentar, y marchando hacia él, le dijo:

—El señor prefecto no ha podido darme hasta ahora informes precisos; pero me ha acogido con tanta benevolencia, que tengo grandes esperanzas.

Con una sonrisa la dió las gracias por aquellas palabras. Después Didier dió algunos pasos por el despacho, y se inclinó delante del prefecto de policía.

—Señor—le dijo, después de haberle invitado á sentarse,—he rogado á esta señora, por interés vuestro y por el suyo, que me iniciase en algunos detalles de su existencia. Ha tenido la amabilidad de acceder á mi deseo, y estoy al corriente de diversos puntos que han de serme muy útiles en las pesquisas que he de emprender. Pero esos informes no me bastan y tengo que pedirlos otros.

—Estoy á vuestras órdenes—respondió el señor de Prades, inclinándose de nuevo.

—Quisiera saber vuestro modo de vivir los tres años transcurridos desde vuestra salida de Bretaña hasta la primera visita que hicisteis á esta señora después de morir su esposo. Si hubiese algún motivo que os impidiese explicaros en este momento, podríamos dejar nuestra conversación para mañana, ó contando con el permiso de esta señora, podríamos pasar nosotros dos á otra habitación.